

## CAPITULO II

### EL ULTIMO RESULTADO DE LA PROPIEDAD PRIVADA DE LA TIERRA ES LA ESCLAVITUD DE LOS TRABAJADORES

1 Si la esclavitud corporal es injusta, la propiedad privada de  
la tierra es injusta.

2 Porque, sean cuales fueren las circunstancias, la propiedad de  
la tierra originará siempre la esclavitud de los hombres, hasta un  
grado medido por la necesidad (real o artificial) del uso de la  
tierra. Esto no es sino una exposición, en diferente forma, de la ley  
de la renta.

3 Y cuando esta necesidad es absoluta —cuando la alternativa  
es usar tierra o perecer de inanición—, entonces la esclavitud  
de los hombres implicada por la propiedad de la tierra viene a  
ser absoluta.

4 Poned cien hombres en una isla de la cual no puedan escapar,  
y que se haga a uno de esos hombres propietario absoluto de los  
otros noventa y nueve o propietario absoluto de la tierra de la  
isla, será lo mismo para él y para los demás.

5 En uno y otro caso, uno será dueño absoluto de los noventa  
y nueve, con poder de vida y muerte, porque con sólo rehusarles  
el permiso de vivir en la isla se verán obligados a arrojarse al mar.

6 En una más vasta escala, y a través de relaciones más complejas,  
la misma causa tiene que operar en igual dirección y para  
el mismo fin, haciéndose ostensible el último resultado, la esclavitud  
de los trabajadores, a medida que crezca la presión que los

obliga a vivir sobre la tierra y de la tierra tratada como propiedad exclusiva de otros. Supongamos un país cuyo suelo esté repartido entre cierto número de propietarios en vez de estar en manos de uno sólo, y en el cual el capitalista, como en la producción moderna, esté diferenciado del trabajador, y la manufactura y el comercio, en sus muchas ramas, estén diferenciados de la agricultura. Aunque menos directas y notorias, las relaciones entre los dueños del suelo y los trabajadores tenderán, con el aumento de la población y los progresos en la técnica, al mismo dominio absoluto, por una parte, y al mismo desesperado desvalimiento, por la otra, que en el caso supuesto. La renta subirá, mientras los salarios bajarán. Del producto total, el propietario obtendrá una parte constantemente creciente; el trabajador, otra constantemente decreciente. A medida que se vaya haciendo más difícil o imposible trasladarse a tierras más baratas, los trabajadores, produzcan lo que produzcan, serán reducidos a una vida mísera, y la libre competencia entre ellos, donde la tierra esté monopolizada, les forzará a una condición que, aun cuando se les escarnezca con los títulos e insignias de la libertad, será virtualmente de esclavitud.

7 Nada hay de extraño en el hecho de que, a pesar del enorme aumento de poder productor que ha atestiguado este siglo, y que aún prosigue, los salarios del trabajo en los estratos más bajos y extensos de la economía tiendan por todas partes hacia salarios de esclavitud —estrictamente lo bastante para sostener al trabajador en condiciones de poder trabajar—. Porque la propiedad de la tierra, sobre la cual y de la cual tiene que vivir el hombre, es virtualmente la propiedad sobre el hombre mismo, y al admitir el derecho de algunos individuos al uso y disfrute exclusivos de la tierra, condenamos a los demás individuos a la esclavitud tan plena y completamente como si hubiéramos hecho de ellos esclavos corporales.

8 En una más sencilla forma social, en que la producción consista en la directa aplicación del trabajo al suelo, que la esclavitud

es resultado necesario de conceder a algunos el derecho exclusivo al suelo del cual tienen que vivir todos, se ve claramente en el ilotismo, en el villanaje, en la servidumbre.

9 La esclavitud corporal se originó por la captura de prisioneros en la guerra, y aunque ha existido en cierta extensión en todo el mundo, su área ha sido pequeña y sus efectos triviales, si se les compara con las formas de esclavitud originadas por la apropiación de la tierra. Ningún pueblo ha sido reducido en masa a esclavitud corporal por hombres de su misma raza, ni tampoco ningún pueblo ha sido reducido en gran escala a esclavitud de esa clase por la conquista. La general sujeción de los muchos a los pocos, que encontramos dondequiera la sociedad ha alcanzado cierta clase de desarrollo, ha sido resultado de la apropiación de la tierra como propiedad individual. Es la propiedad del suelo la que en todas partes da la propiedad de los hombres que viven sobre ella. Es una esclavitud de esta clase la que todavía atestiguan las perdurables pirámides y los colosales monumentos de Egipto, y de cuya institución acaso hay una vaga tradición en el relato bíblico del hambre, durante la cual el faraón expropió las tierras del pueblo. Fue una esclavitud de esta clase aquella a que, en los albores de la historia, los conquistadores de Grecia redujeron a los habitantes aborígenes de aquella península, convirtiéndolos en ilotas al hacerles pagar rentas por sus tierras. Fue el crecimiento de los *latifundios*, o grandes propiedades territoriales, lo que transmutó la población de la antigua Italia, de una raza de valientes labradores, cuyas robustas virtudes conquistaron el mundo, en una raza de serviles esclavos; fue la expropiación de la tierra como propiedad absoluta de sus jefes lo que gradualmente convirtió los descendientes de los libres e iguales guerreros galos, teutones y hunos en colonos y villanos, y lo que trocó los independientes ciudadanos de las comunidades aldeanas eslavas en los patanes de Rusia y en los siervos de Polonia; lo que instituyó en China y el Japón un feudalismo análogo al de Europa, y la que hizo a los altos jefes de la Polinesia dueños absolutos de

sus compañeros. De cómo ocurrió que los pastores y guerreros arios, que, según la filología comparada nos dice, bajaron desde la cuna común de la raza indogermana a las llanuras de la India, se convirtieran en los suplicantes y serviles hindúes, el verso sánscrito que antes he citado nos da un indicio. “Los blancos parasoles y los elefantes locos de orgullo” del rajá indio son las flores de las concesiones de tierras. Y si pudiéramos encontrar la clave de los restos de civilizaciones hace mucho muertas, que yacen sepultadas en las gigantescas ruinas del Yucatán y de Guatemala, hablándonos a la vez del orgullo de una clase gobernante y de la fatiga gratuita a que las masas estuvieron condenadas, llegaríamos, según toda humana probabilidad, hasta una esclavitud impuesta al gran conjunto del pueblo a través de la apropiación de la tierra como propiedad de unos pocos —otro ejemplo de la universal verdad de que quienes poseen la tierra son los dueños de los hombres que habitan en ella.

10

La necesaria relación entre el trabajo y la tierra, el poder absoluto que la propiedad de la tierra da sobre los hombres, quienes no pueden vivir sino usándola, explica lo que de otra manera sería inexplicable: el crecimiento y persistencia de instituciones, costumbres e ideas tan absolutamente repulsivas al natural sentido de libertad e igualdad.

11

Cuando la idea de la propiedad individual, que tan justamente se adscribe a las cosas de producción humana, se extiende a la tierra, todo lo demás es un simple asunto de evolución. El más fuerte y el más astuto fácilmente adquiere una parte mayor en esta especie de propiedad, que se obtiene no por producción, sino por apropiación, y al convertirse en señores de la tierra se convierten necesariamente en señores de sus semejantes. La propiedad de la tierra es la base de la aristocracia. No fue la nobleza la que dio la tierra, sino la posesión de la tierra la que dio la nobleza. Todos los enormes privilegios de la nobleza de la Europa medieval fluyeron de su posición como dueños del suelo. El simple principio de la propiedad del suelo produjo, de un lado, el señor;

de otro, el vasallo —el uno, con todos los derechos; el otro, sin ninguno—. Admitido y mantenido el derecho del señor al suelo, aquellos que vivían sobre éste, sólo podían hacerlo en las condiciones fijadas por aquél. Las costumbres y circunstancias de los tiempos hacían que aquellas condiciones incluyesen servicios y servidumbres, así como rentas en productos y dinero; pero la cosa esencial que los obligaba a ello era la propiedad de la tierra. Este poder existe dondequiera existe la propiedad de la tierra, y puede ejercerse dondequiera la competencia por el uso de tierra es bastante grande para permitir al propietario imponer sus condiciones. El propietario de tierra inglés de hoy en día, en la ley que admite su exclusivo derecho a la tierra, tiene, esencialmente, todo el poder que tenía su predecesor el barón feudal. Puede exigir rentas en servicios o servidumbres. Puede obligar a sus colonos a vestirse de una manera peculiar, a profesar una determinada religión, a enviar a sus hijos a una determinada escuela, a someter sus diferencias a su decisión, a postrarse de hinojos cuando les habla, a seguirle vestidos con su librea o a sacrificarle el honor femenino, si aquéllos prefieren estas cosas a ser arrojados de su tierra. Puede exigirles, en una palabra, todas las condiciones bajo las cuales haya hombres que sigan consintiendo en vivir sobre su tierra, y la ley no puede impedirselo mientras no limite su propiedad, pues el acuerdo con ellos revestiría la forma de un contrato libre o de un acto voluntario. Y los propietarios de tierra ingleses ejercen dichos poderes de la manera que los tiempos les permiten. Habiéndose quitado de encima la obligación de proveer a la defensa del país, ya no necesitan el servicio militar de sus colonos, y manifestándose ahora la posesión de la riqueza y del poder de modos distintos a los grandes acompañamientos de servidores, ya no necesitan aquéllos los servicios personales. Pero aquéllos habitualmente disponen de los votos de sus arrendatarios, y les obligan de muchos modos viles. El “justo reverendo padre en Dios”, obispo Lord Plunkett, desahució a cierto número de sus pobres colonos irlandeses porque éstos no

enviaban sus hijos a las escuelas dominicales protestantes; y a aquel conde de Leitrim, a quien Némesis tardó tanto en enviarle la bala de un asesino, se le imputan crímenes más sombríos aún; mientras que, bajo los fríos impulsos de la codicia, hogar tras hogar han sido derribados, y familia tras familia, lanzada a los caminos. El principio que permite esto es el mismo principio que, en tiempos más rudos y en un estado social más simple, esclavizó las grandes masas de gentes sencillas y abrió un tan ancho abismo entre el noble y el campesino. Donde el campesino fue reducido a la servidumbre, lo fue sencillamente prohibiéndole abandonar la propiedad donde había nacido, produciendo así artificialmente la situación que hemos supuesto en la isla. En los países escasamente poblados es necesario esto para producir la esclavitud absoluta; pero donde la tierra está plenamente ocupada, la competencia origina sustancialmente las mismas condiciones. Entre la condición del campesino irlandés estrujado por la renta y la del siervo ruso, la ventaja estaba en muchas cosas del lado del siervo. El siervo no perecía de hambre.

12

Ahora bien, como creo haber probado concluyentemente, la misma causa que en todas las épocas ha degradado y esclavizado a las clases trabajadoras, opera en el mundo civilizado actual. La libertad personal, esto es, la libertad de trasladarse, está concedida en todas partes, al par que de la desigualdad política y legal ni huellas hay en los Estados Unidos, y aun en los países más atrasados hay sólo muy pocas. Pero la gran causa de la desigualdad subsiste, y se manifiesta en la desigual distribución de la riqueza. La esencia de la esclavitud es que toma del trabajador todo lo que produce, excepto lo indispensable para sostener una existencia animal, y bajo las condiciones actuales los salarios tienden innegablemente hacia ese mínimo. Cualquiera que sea el aumento del poder productivo, la renta tiende constantemente a absorber la ganancia y más que la ganancia.

13

Así, la condición de las masas en todo país civilizado es, o tiende a serlo, la de la virtual esclavitud bajo las formas de la

libertad. Y es probable que entre todas las clases de esclavitud sea ésta la más cruel e implacable. Porque al trabajador se le roba el producto de su trabajo y se le obliga a trabajar por la mera subsistencia; pero sus capataces, en vez de seres humanos, asumen la forma de imperiosas necesidades. Aquellos a quienes se rinde el trabajo y de quienes se recibe el salario, a menudo son empujados a su vez —el contacto entre los trabajadores y los últimos beneficiarios de su trabajo está roto, y la individualidad se pierde—. La responsabilidad directa del dueño respecto del esclavo, una responsabilidad que ejerce una influencia suavizadora sobre la gran mayoría de los hombres, no nace; no es un ser humano el que parece arrojar a otro a la implacable e incesante fatiga, sino “la inevitable ley de la oferta y la demanda”, de la que nadie en particular es responsable. La máxima de Catón el Censor —máxima que fue mirada con repugnancia en una edad de cruel y universal esclavitud—, que, después de obtener del esclavo tanto trabajo como fuera posible, debía abandonársele a la muerte, se convierte en la regla general; y se pierde hasta el interés egoísta que impulsa al dueño a mirar por la comodidad y el bienestar del esclavo. El trabajo se ha convertido en una mercancía, y el trabajador, en una máquina. Ya no hay dueños y esclavos ni poseedores y poseídos, sino únicamente compradores y vendedores. El regateo del mercado sustituye a todo otro sentimiento.

14

No es sorprendente que, cuando los dueños de esclavos del Sur contemplaron la condición del libre trabajador pobre en los países de más adelantada civilización, se persuadieran fácilmente de que la esclavitud era una institución divina. No había duda de que el bracero campesino del Sur era una clase mejor alimentada, mejor alojada y mejor vestida; que tenía menos preocupaciones y más diversiones y disfrutes de la vida, que los trabajadores agrícolas de Inglaterra; y aun en las ciudades del Norte, los dueños de esclavos que las visitaban podían ver y oír cosas imposibles bajo lo que ellos llamaban su organización del trabajo. En

los Estados del Sur, durante los días de la esclavitud, el amo que hubiese obligado a sus negros a trabajar y vivir como clases numerosas de hombres y mujeres blancos se ven obligados a trabajar y vivir en países libres, hubiera sido infamado, y si la opinión pública no lo hubiese contenido, lo hubiera hecho su mismo interés egoísta en la conservación de la salud y fuerza de sus esclavos. Pero en Londres, Nueva York y Boston, entre gente que ha dado, y daría otra vez, dinero y sangre para libertar al esclavo, donde nadie puede maltratar un animal en público sin ser arrestado y castigado, se ven por las calles, hasta en invierno, niños descalzos y andrajosos, y en inmundos desvanes y sótanos asquerosos hay mujeres que consumen su existencia trabajando por salarios que no alcanzan para la calefacción y el alimento más preciso. ¿Debe admirarnos que a los dueños de esclavos del Sur la petición de abolir la esclavitud les pareciese la jerga de la hipocresía?

15 Y ahora que la esclavitud está abolida, los agricultores del Sur encuentran que nada han perdido. Su propiedad de la tierra sobre la cual los hombres libres tienen que vivir, les da igual dominio que antes sobre el trabajo, habiéndoles relevado de la responsabilidad, muy dispendiosa a veces. A los negros les queda todavía la alternativa de emigrar, y parece estar a punto de iniciarse un gran movimiento en este sentido; pero a medida que la población aumente y la tierra se haga más cara, los hacendados obtendrán una parte de las ganancias de sus trabajadores proporcionalmente mayor que bajo el sistema de la esclavitud, y los trabajadores una parte menor —porque, bajo el sistema de la esclavitud corporal, los esclavos obtenían al menos lo suficiente para mantenerse en buena salud física; pero en países como Inglaterra hay clases numerosas de trabajadores que no logran ni siquiera esto (1).

16 Los influjos que, donde haya relaciones personales entre el

---

(1) Uno de los agitadores antiesclavistas (el coronel J. A. Collins), en una visita a Inglaterra, hizo un largo discurso en una ciudad manufacturera escocesa, y especificó, como acostumbraba a hacerlo en Estados Unidos,



dueño y el esclavo, se infiltran para modificar la esclavitud corporal e impedir al amo el ejercicio de todo su poder sobre el esclavo, también se manifiestan en las más rudas formas de la servidumbre que caracterizó los primeros períodos del desarrollo europeo; y auxiliados por la religión, y acaso, como en la esclavitud corporal, por el interés más ilustrado, aunque siempre egoísta, del señor, y adquiriendo la estabilidad de la costumbre, en todas partes fijó un límite hasta el cual el propietario de la tierra podía gravar al siervo o campesino, de modo que en ninguna parte se consintió que la competencia entre los hombres sin medios de subsistencia, luchando entre sí por tener acceso a los medios de existencia, llegara a sus últimos límites y ejerciera su pleno poder de despojo y de degradación. Los ilotas de Grecia, los aparceros de Italia, los siervos de Rusia y de Polonia, los campesinos de la Europa feudal, entregaban a sus propietarios una porción fija de su producto o de su trabajo, y generalmente no eran esquilados más allá de este punto. Pero las influencias que de este modo se infiltraban templando el poder inicuo de la propiedad de la tierra, y que pueden observarse todavía en las heredades inglesas, donde el propietario y su familia consideran deber suyo enviar medicinas y auxilio a los enfermos e inválidos y mirar por el bienestar de sus colonos, del mismo modo que los dueños de las plantaciones del Sur tenían la costumbre de atender a sus negros, se pierden en la forma, más refinada y menos notoria, que la servidumbre asume en los más complicados procesos de la producción moderna, que separan tan enormemente y por tantas gradaciones intermedias al individuo cuyo trabajo es apropiado, de aquel que se lo apropia, y hace las relaciones entre los miembros de las dos clases, no directas y particulares, sino indirectas y generales. En la sociedad moderna, la competencia tiene campo libre para extraer del trabajador hasta la última miga que él

---

la ración que los códigos esclavistas de algunos Estados señalaban como mínimo de sustento del esclavo. Prontamente descubrió que para muchos de sus oyentes esto era contraproducente.

puede dar, y la terrible fuerza con que obra se puede observar en la condición de la clase inferior en los centros de la riqueza y de la producción. Que esta condición de la clase más baja no sea todavía general, se debe atribuir a la gran extensión de tierra fértil que hasta ahora ha estado disponible en este continente, la cual no sólo ha proporcionado un escape a la creciente población de las secciones más antiguas de la Unión, sino que ha aliviado extraordinariamente la presión en Europa. En un país, Irlanda, la emigración ha llegado a ser tan grande, que de hecho ha disminuido la población. Esta salida aliviadora no puede durar siempre. Ya disminuye con rapidez, y cuando cese, la presión se hará cada vez más abrumadora.

17

No sin razón, el cuervo de la sabiduría en el *Ramayana*, el cuervo *Bushanda*, "que ha vivido en todos los lugares del Universo y sabe cuanto ha ocurrido desde el principio de los tiempos", declara que, si bien el desprecio de las vanidades mundanales es necesario para la felicidad suprema, sin embargo, la más aguda pena posible es la infligida por la extrema pobreza. La pobreza a que, con el avance de la civilización, grandes masas de hombres están condenadas, no es la liberación de distracciones y tentaciones que los sabios han anhelado y los filósofos alabado; es una esclavitud degradante y embrutecedora, que aherroja la naturaleza más noble, embota los sentimientos más puros y lleva al hombre, en su tormento, a realizar actos que hasta los brutos rehusarían. Hacia esa miseria irremediable y desesperada, que destruye la virilidad del hombre y la femineidad de la mujer, que aun a la infancia le roba su inocencia y la alegría, están siendo empujadas las clases trabajadoras por una fuerza que obra sobre ellas como una máquina irresistible e implacable. El fabricante de collares de Boston, que paga a sus muchachas dos centavos por hora, puede sentir lástima de la condición de éstas, pero él, como ellas, está regido por la ley de la competencia, no pudiendo pagar más y continuar su negocio, porque el comercio no se gobierna por el sentimiento. Y de este modo, a través de todas

las gradaciones intermedias, hasta llegar a los que, sin dar nada en retorno, reciben la ganancia del trabajo en la renta de la tierra, las leyes inexorables de la oferta y la demanda, una fuerza con la cual el individuo no puede luchar o discutir más que con los vientos y las mareas, son las que parecen sumir a las clases inferiores en la esclavitud de la miseria.

<sup>18</sup> Pero, en realidad, la causa es aquella que siempre ha producido y siempre tiene que dar por resultado la esclavitud: el monopolio por algunos sobre lo que la Naturaleza destina para todos.

<sup>19</sup> Nuestra alardeada libertad implica necesariamente la esclavitud, mientras admitamos la propiedad privada de la tierra. Hasta que ésta sea abolida, las Declaraciones de Independencia y las Actas de Emancipación son vanas. Mientras un hombre pueda asumir la propiedad exclusiva de la tierra de la cual otros hombres tienen que vivir, la esclavitud existirá, y tiene que extenderse y ahondarse más, a medida que el progreso material avance.

<sup>20</sup> Esto —y en capítulos anteriores de nuestro libro hemos seguido el proceso paso a paso— es lo que está ocurriendo hoy en el mundo civilizado. La propiedad privada de la tierra es la piedra inferior del molino. El progreso material es la piedra superior. Entre ambas, con una presión creciente, las clases trabajadoras están siendo trituradas.